

Mario Cajina Vega: Barón de la Pantalla

Jorge Eduardo Arellano

DEL BARÓN —como lo identificaba la camaradería inquieta por las letras humanas que giraban a su alrededor— resulta imprescindible e impostergable hablar en esta pequeña investigación sobre el cine entre los nicaragüenses. Porque él no podía vivir y soñar, ser y crear, sin ese vicio solitario —el mejor de todos— practicado entre multitudes.

Una superpotencia ideal



¿Era apátrida el Barón? Así lo creía, muy temprano, Ramiro Argüello Hurtado, uno de sus cómplices pupilos. Pero no podía serlo quien idolatraba el cine y su parafernalia, amaba sus diosas planetarias y admiraba sus héroes surgidos más allá de las fronteras políticas. Además, desde adolescente había comprendido que el cine es una superpotencia de la imagen dinámica, la gesticulación apropiada, la palabra precisa, el claro sonido oportuno y la música gloriosa.

Una superpotencia ideal a la que pertenecemos, hermanados, los hombres nacidos a lo largo del siglo veinte.

El Barón no ignoraba que el cine comenzó como un experimento de física recreativa y un plebeyo espectáculo de feria para convertirse en un sofisticado **medio expresivo de inmensa complejidad estética. O, según Pedro Xavier Solís “en una amalgama y suma de casi todas las artes”.** El Barón sabía, además, que el cine —como testigo de su tiempo— **constituye “un fino barómetro de los conflictos y de las preocupaciones de los pueblos”** —cito a José Luis Sánchez Noriega— y, yo añadiría, de sus mitos e ideas. Sin olvidarnos de que este vasto arte en su evolución también ha sido industria y actividad comercial, documento social, evasión y divertimento, sustituto democrático del circo y propaganda política.

El cine como propaganda política

Sin duda, el Barón conocía la existencia del cinetrén soviético establecido para cumplir la orden del Comisionado de Transporte del Pueblo, fechada el 29 de diciembre de 1931. De manera que durante 294 días sobre ruedas Alexander Medvedcin y su equipo de 31 personas produjeron 70 películas silentes —con una extensión útil de 24.965 metros— sobre los contenidos del Primer Plan Quinquenal de la gran batalla para la construcción socialista en la URSS. Hazaña realizada entre el 25 de enero de 1932 y el 15 de enero de 1933. Medvedcin, procedente de la Caballería del Ejército Rojo, dejó el cinetrén a manos de Iákov Blióji, también de la Caballería. El tren recibió el nombre del legendario jefe de la caballería K.E. Vorashilov y continuó sus giras por dos años. En sus memorias, Medvedcin aseguró que iba a recibir una lluvia de reproches:

—No contó todo, no mencionó a todos y no dijo nada del cinetrén en Francia.

A quienes emitían tales reproches, sus queridos compañeros de antaño, Medvedcin contestó:

—¿Acaso se puede recordar todo? ¿Acaso lo que ha quedado en mi vieja memoria no atestigua que el año que pasamos sobre ruedas fue el mejor año de nuestra vida?

Cinemaniático en la Managua pre-terremoto

El Barón en nuestra Managua de los cincuenta y sesenta (recurrimos, como de costumbre, a las décadas) era un cuasi consuetudinario espectador de cine, un fanático de la pantalla o cinemaniático. Asistía al Margot —dos veces reconstruido—, al González —una vez incendiado— y al Salazar —cuyo nombre se tornaría en Alcázar por decisión mexicana—, todos con aire acondicionado. Mas su cine preferido era el Tropical, un patio semilunar que sería el Cine por antonomasia de los managuas, sobrevivientes o no, del sismo del 72. Allí el Barón vio películas de Charles Boyer (1899-1978) y de Joan Crawford (1904-1977), adoró a la **vivita y coleando Faye Dunaway (“esa delicia de oxígeno y panqueque”)**, devoró con sus miradas las piernas de Marilyn Monroe (1926-1962) y Brigitte Bardot (1934), capaces de tallar el vicio más solitario.

Asimismo, eran objetos de su adoración Carroll Baker (1931) y Vanessa Redgrave (1937). El Tropical tenía dos entradas: por una accedían los muchachos con sus novias y por la otra salían a comprar fritangas con tajadas. En frente de la luneta quedaba el comedor de La Crucita, muy popular por sus fenomenales viandas y por sus magníficos tistes, frecuentado también por taxistas que ingerían

tragos almuerteros o ceneros. Allí el Barón, nuestro Barón Mario Cajina Vega, encontró su primera pureza, mantenida por él, pese a su destino de hombre hecho con la lectura y la risa plenas; deshecho por la tragedia y el alcohol.

Su vida: casi una novela

Su vida fue casi una novela adaptable al cine. María Cuadra Vega, casada con Guillermo Sánchez Casco, falleció pocas horas después de darle a luz el 11 de febrero de 1929. Ella era hermana del caballeroso Luciano, del napoleónico hombre del Caribe Abelardo, del combativo periodista, narrador y poeta Manolo, triste como un policía; de Ramiro, ebrio y pendenciero; de José ingenuo esposo de doña Julia y del histriónico Gilberto, humorista reconocido por su salutación con la mano derecha extendida y pronunciando con firmeza: *¡Heil Hitler!* Huérfano prematuro, el Barón fue acogido por el matrimonio de sus tíos abuelos Simeón Cajina, heredero de la sencillez, rectitud e integridad del republicanismo patriarcal de los *Treinta años*; y de Dolores Vega Fornos, hija de Abelardo Vega, herido en el combate heroico de San Jacinto. Ambos le suministraron el amor de hijo único y sus apellidos:

Mario se bachilleró en el colegio de la élite: el Centroamérica de Granada, regentado —desde luego— por los jesuitas, entre ellos un ángel de la guarda y de la poesía: Angelito Martínez Baigorri. Del 45 al 48 cursó letras e idiomas en el Hispanic Institute y el Latin American Institute de la Universidad de Columbia, Nueva York; luego estudió periodismo en la Universidad de Madrid, artes gráficas en Londres y literaturas modernas en Wadham College de Oxford. De ahí su afinidad cinética con sir Arthur Rank (1888-1972) y su esplendente productora británica que, a través de un hercúleo inglés que golpeaba con un mazo un gong dorado, hacía estallar en colores al ex-Imperio.

De ahí también su crítica de 1963 a una película inglesa, cuyo título en español era *Aunque me cueste la vida*: una muestra atroz de lo que puede hacer un traductor influenciado por Agustín Lara, o por cualquier boleraastro mexicanizado. Su fotografía estaba a la vista; el montaje, natural, con gran **economía de medios y sin caer en la "pobreza" neo-realista, "pobreza" que ya** había generado en incuria; dirección: con la pericia y exactitud de un cerebro anglosajón: preciso, frío y realista. Tan realista que se auxilia —para ratificar ciertas situaciones— de la cinemática moderna. Actores: sobrios, ajustados a los caracteres. Recuérdese que es una cinta de cuando Peter Sellers (1925-1980) no había sido contratado por Hollywood. O sea: cuando no estaba en peligro de despersonalizarse. Y puntualizaba Mario:

El elemento femenino representa dos aspectos londinenses. Una, la ama de casa, preocupada, cuarentañona y tal vez por eso mismo atrayente. La otra, una

cockney sensualizada como una Cristina Keeler [1942] de barrio (es decir, con el pecado y sin el prestigio). El tema es la vida de un vendedor ambulante, de romántica terquedad, que cifra su carrera de competidor en un automóvil para distribuir cosméticos. Se lo roban y aparece hasta Scotland Yard. Pero lo que triunfa es el feroz individualismo anglosajón. Ese individualismo que ha creado, por iniciativa propia y cooperación comunal, la célebre democracia inglesa.

Algodón, prédica y carceleadas

El Barón, a su regreso de Europa iniciando los cincuenta, sembró el oro blanco. No, no era de los algodoneiros *new riches* que inundaron Nicaragua con piscinas, cadillacs e insecticidas. Cultivó una pequeña finca de alquiler — cincuenta manzanas— y manejaba un yipito renco, de los sobrantes de la guerra de Corea. Vivía en el plantío traduciendo o leyendo, o se iba a su natal, entrañable Masaya, cuyas casas semicoloniales se correspondían con los espaciosos caserones de las antiguas haciendas. Pero se enamoró de Jilma Buitrago, managua autóctona y descendiente del prócer conductor de la guerra antifilibustera general Tomás Martínez, trasladándose —ya casado— a la capital macrocefálica, mercantilista, alienadora. Allí se afilió a la prédica socialcristiana. Visitó noche a noche los barrios y en los fines de semana todos los departamentos del Pacífico y del Norte. Adversó al imperante sistema político. Sufrió golpizas turbescas que le dejaron ostensibles cicatrices en el cráneo. Siete veces soportó la cárcel.

Hijos y discípulos

Cinco hijos procrearía Mario: un varón y cuatro mujeres. Dos murieron pronto: una hermosura veinteañera y la otra, anormalita, tras agónicos nueve meses. También el Barón veneró locamente varias musas de carne y hueso. La más querida fue sacrificada sobre la lápida de Rimbaud. Y siempre consumía el alcohol para distraer sus miedos o fobias de lobo solitario, solidario con sus amigos y discípulos, pontificando en el restaurante y cervecería Gambrinus, donde en el urinario se leía el grafiti *Mariposa / vaporosa / que te posas / en la cosa / de la esposa / de Somoza*; o en La Espuela, El Evertsz y El Colonial, vinculando a tres generaciones y militando en las filas de la creatividad. Y siempre prodigando el humor, bromista, juegopalabresco y más tarde negro, amargo: cajinaveganiano.

Libros junto al inodoro

Hombre de libros —los escribía e imprimía—, el Barón acumulaba en una repisa junto al inodoro obras que aliviaban en desorden orgánico sus congojas

metafísicas e insomnios: cantos y cuentos egipcios, la China, los presocráticos, Marco Aurelio, Montaigne, Stendhal, Flaubert, los simbolistas, Darío, Gulmamesh, el Che, folletines de crímenes y cuadernitos de ciencia ficción, una geografía decimonónica, aventuras en el Gobi, historiografías, relatos de viajeros apócrifos, hasta periódicos atrasados y manuales de tipografía.

Digno e independiente

Mario se sabía vital y económicamente desclasado, perteneciente a una utópica clase participante de todas sin limitarse a ninguna. Comprendía que la obra de creación no era apreciada por burgueses analfabestias y que a su autor **lo creían "bohemio", juzgándolo como paria e "improductivo" al pesarlo en pesos.** A él solo le importaba escribir como única forma de responsabilidad, realizándose en el oficio auténtico y sin prejuicios. Siempre al punto de recordar que los problemas políticos son, en el fondo, problemas culturales. Todo intelectual — pensaba— refleja no solo el ambiente en que vive, sino que traduce y trasmuta ese ambiente sin dejar de plantear soluciones liberadoras. Esto significaba para él dignidad e independencia personales.

Prosas y poemas muy suyos

Así, desde los cincuenta, nos dejó prosas y poemas muy suyos. Las primeras cultísimas y elaboradas, nutridas de folclor viviente y expresadas en formas elocutivas distintas, maestras y nostálgicas en sus textos breves, ubicadas en escenarios rurales provincianos y urbanos de la capital. Los segundos ancestrales y objetivos líricos y domésticos, o de sabor patrio; a veces cantaba a su frondosa chichigua de Diriomo, el baile tribal de Jeronimbó o la supervivencia del matriarcado indígena; otras asimilaba la geografía como pasión, con ratos a himno. En general, todos eran americanos en todo el sentido de la palabra, es **decir, solares, apuntando al paisaje y a la historia. Su "Postal de los puertos"** —o denuncia de la explotación de las bananeras gringas en el Caribe— es una de sus **muestras antológicas; otras "Sandino" (dignificó / el coraje, manchó la pechera inmaculada / de los partidos con sangre saludable) y "Cartel", que culmina con un verso memorable: *La revolución es un libro y un hombre libre.***

La guitarra que volvió de la guerra

Pero su frase más resonante y significativa fue un grito guerrero: ¡*Monimbó de Nicaragua!*, vivo y decisorio en las insurrecciones populares del 78 y del 79. En Masaya, Mario incorporó su fe y su guitarra a la runga. Como cuartelmaestre, participó en la defensa y liberación de su pueblo. En las horas muertas

de los enfrentamientos, *el viejo poeta* —como le llamaban a sus cincuenta años— animó a los compitas con coplas para ponerles música y versos escritos sobre la misma culata del fusil. En una cantó al gordo artillero, ex estudiante de ingeniería que portaba en el cuello un rosario celeste, mortereado desde el **Coyotepe junto a su ametralladora 50. En otro denunció “Los paraguas de Somoza”:** *push-and-pull de Israel / todos los T33, C47, F80 y B26 del tío samuel / los rockets de sulfato pinochet / los helicópteros hugues y los nuevos AC de España del rey / pasan y repasan Masaya en llamas rumbo al Frente Sur... / en donde bombardean, bombardean, bombardean / mientras Nicaragua entera los hijueputea.* En uno más se encariño con la Carabina M1:

*Séme fiel, novia carabina:
defiende a tu mariocajina.
Y muerde, mi bella, muerde luego
al GN que acobarda tu fuego.*

En fin, facturó el “Epitafio para los Anastasios”: *Su carroña no debe profanar la tierra.*

Proclamación ilusoria de la libertad

La ruptura que gratuitamente le propinó su mejor amigo en la cima del Poder, el rechazo de un lirida oficialista también empoderado desde las alturas, más el robo rojinegro de sus joyas familiares y otros abusos y ofensas recibidas en los ochenta truncaron su adhesión al proceso *sandinario*, como él decía. Eso fue después de participar con Pablo Antonio Cuadra, Julio Cortázar, Carlos Martínez Rivas y otros grandes y medianos en un congreso de intelectuales que proclamó la libertad del escritor y la libertad de creación. La proclama era ilusoria: no duró en pie ni quince días. Desde entonces, el Barón se adhirió a la disidencia interna hasta su muerte el 10 de noviembre de 1995 en el hospital Los Chilamates de Masaya.

Vivencia del cine en su esplendor

¿Y el cine? Siempre lo vivió en su máximo esplendor. Desde el señero musical *El mago de Oz* en 1939 hasta las cintas más conmovedoras que desplegaron durante el siglo pasado. Su pluma les dedicó acertadas reacciones y

reflexiones. Hollywood iniciaba el cortejo, sin morir nunca, porque las sirenas y los mitos nunca fallecen. Cada película era una venda nueva a la gigantesca momia inexistente. ¡Viva la Minelli! ¡Abajo las Enmanueles! —postulaba. ¡Tan depravaduelas, tan sexiperversas!. Como howywodonte buscaba en la pantalla la catarsis, la necesidad terapéutica. Incluso vestido de cibernética, sometido a *Flash Gordon en Marte* y a *La guerra de las galaxias*. El estrellato, calumniado por rojos, hizo a la Meca de cartón piedra por el simple expediente de reciclar a sus deidades, refilmarlas y reafirmarlas tres, cuatro, cinco generaciones después. Y pasaron ante su retina Chaplin, Tarzán, Tito Guizar y la divina... momia.

Elogio de Greta Garbo

En la Semana Garbo de los sesenta, exhibida en el Teatro González, una joven amiga de entonces, saliendo de las primeras funciones, le confió: **“¡Increíble! Esta actriz de puro femenina convierte la pantalla en orquídea o adormidera, en cualquier planta que tenga piel y pestañas; yo, que creía venir a un museo, de pronto me siento como aplaudiendo un invernadero mágico hecho para una flor”. Y añadió la amiga: “Es tan humana y tan sensitiva, tan tersa y bella, tan fotogénica y tan natural que, poeta, para serle franca, las demás mujeres viéndola y oyéndola nos sentimos menos mujer. Ella, única en todas, supera a Eva. Prométame traerme mañana a otra de estas películas geniales y ahora dígame ¿quién es ella?”. El Barón no podía quedarse atrás:**

En los treinta, el prehistórico león de la Metro anunció a una nueva efigie nacida entre glaciaciones nórdicas y deshielos bálticos: Greta Garbo. ¡Suecia en persona! Del brazo de Maurice Stiller, su Colón y su Romeo, llevó al cine esa caricia de plumón de cisne que anida en sus ancestros boreales, más una palpitante intimidad de azucena naciente. Camelia y camarada en *Margarita Gautier* y *Ninoshka*, adúltera en *Ana Karenina* e inaccesible en *El velo pintado*, romántica en *María Walewska*, pecadora en *El demonio y la carne*, distante y amante en *Casa de muñecas*, tercaenigmática en *La mujer misteriosa* y soberana andrógina en *Cristina de Suecia*, momificó en 1941 su presente para quedarse con *La mujer de dos caras* de perfil hacia el ya mítico ayer y hacia cualquier mañana imposible. Antes que Hollywood le empacara el alma, disecando su sensibilidad y confinándola al rol de *femme fatale*, abandonó los *plateau* sin más ni menos para encapucharse en el silencio.

Para resumir: de los guías magisteriales de la generación del sesenta, Mario fue el único que transmitió su conocimiento del espectacular fenómeno artístico que es el verdadero cine.

No, Ramiro. No fue un apátrida el Barón. Aunque los pequeños dioses que vigilaban nuestro sueño y militarizaban nuestro aire lo hacían sentirse como tal, Cajina Vega estaba marcado por el barro aborigen y la tradición republicana. Dueño de espada y herida en la batalla de San Jacinto, asumió como bastión la defensa y resistencia de Masaya: la del 79. Mario Cajina Vega nunca hubiera cambiado su pasaporte azul y blanco por todas las esmeraldas del universo. ■